

# Vida en rosa

David Martín del Campo

*Silvestre Quijano, apodado El Diablo, fue una joven promesa de la poesía mexicana. Se dedicó por azar a la crítica de cine y también fue un hábil guionista de telenovelas, además de un asiduo conocedor de la vida nocturna de la capital. A punto de cumplir 65 años, con humor recapitula en un cuarto de hotel sus pérdidas: el amor, la escritura, la vida.*

Este es mi último escrito. Llamémosle así, *escrito*, pudiendo haberlo referido como “testimonio” o “apunte biográfico”. Prefiero el impersonal *escrito* porque escribir, después de todo, ha significado mi vida entera.

Tú lo sabes.

Mi fuerte siempre fueron los diálogos. Más de una vez, en plena madrugada, me despertaron para acudir a una (llamémosle) emergencia dramática. La grabación de la telenovela iniciaría a las ocho de la mañana y la escena “X” nomás no les salía. “Llamen al Diablo, él lo resuelve todo”. Y claro, ahí estaba yo levantando el auricular telefónico.

—¿Maestro Quijano?; lo necesitamos.

Eso es algo importante en la vida. Que alguien te necesite (o al menos lo manifieste). Que tu trabajo tenga algún efecto social como los eslogans que preparé cuando la campaña del Frente Democrático Nacional.

—Me parece magnífico que me necesiten, pero, ¿quién habla?

—Estamos en el Estudio B, maestro. Soy Eloísa Cobos, ¿recuerdas? El guion de Malacara nomás no funciona. Ya estuvimos haciendo la lectura en voz alta pero como que no cuaja. Don Gastón se asomó al ensayo y nos lo hizo ver. Fue él quien lo ordenó: “Llámenle al Diablo”. Por eso nos estamos comunicando con usted, y disculpe la hora.

—Pues qué hora es, perdone.

—Según mi reloj, las tres y quince. Los guiones deberán estar impresos a las siete.

—¿Es la historia esa de los padres divorciados que intentan una reconciliación en Acapulco?

—La misma.

—¿Podrían enviar un auto por mí? Estaré listo en veinte minutos. Y tengan preparada la cafetera.

La literatura es eso. Personajes, escenarios, diálogos. Como la vida, aunque cabría la precisión: personajes apasionados, diálogos que develan y esconden, el discurrir de conciencia que nos acompaña desde que tenemos uso de razón. Tú lo sabes: hablamos y hablamos creyendo que esa cháchara evitará tu llegada, o aplazará el encuentro, o no sé. Bla, bla, bla. La plática inane como un escudo contra el destino. “Adarga antigua”.

Aquella vez el auto arribó con cierto retraso. El chofer era nuevo, había confundido el Hotel Universo con el mío, que es el Cosmos, y que distan tres cuerdas. Claro, aquel es un Hotel decente, de cuatro estrellas, donde se hospedan los gringos que quieren visitar el Centro histórico de la ciudad (incluido el ballet de Amalia Hernández los domingos en el foro del Palacio de Bellas Artes). Servibar, *roof-garden*, una piscina azulísima en la terraza. El mío, en cambio, es un hotelito de putas; o variemos el diminutivo: “un hotel de putitas”. Así suena más dulce. Mujeres por cierto con la dignidad del tiempo.

El hotel tiene un piano-bar que da servicio hasta las cuatro de la mañana. El pianista es don Eusebio, un jarocho que se está quedando ciego. A ratos, en mis largas horas de insomnio, alcanzo a escucharlo en sordina, como si el edificio fuera una caja de resonancia. Las mujeres que frecuentan el bar, casi todas, tienen más de cincuenta años. No son ningunas primerizas ni se dejan embaucar

(ya no) por los embelesos aguardentosos de los parroquianos. Supongo. Cobran cuatrocientos pesos “la vez” y ocupan, principalmente, el primer piso del hotel.

Yo habito en el tercero. El cuarto 303, famoso por la entrevista que aquí me hizo Federico Campbell para el Canal Once de televisión. Los célebres quince minutos de laureles a los que aludió Andy Warhol, aquel marica que deslumbró al mundo con latas de sopa y retratos de Mao que fueron, dijeron, arte con comillas.

Yo no tengo televisión. Ni servibar. Ni mujer fija. Ni madre (murió el año pasado, y de ella, si Usted me lo permite, hablaremos más adelante). Sí tengo unas tablas con algo así como mil libros, dos pares de zapatos, 21 camisas blancas y la pensión del Seguro Social que me da para vivir al día. No tengo hijos (creo), no tengo amigos (estoy seguro), no tengo sida (me analicé el año antepasado).

Parece un contrasentido, ¿verdad? Escribir guiones para la televisión y no tener un aparato receptor. A veces, claro está, la miro con curiosidad en el bar que, por cierto, se llama Estelaris. Sobre todo si me entero de que pasan una película de Jane Fonda; o si juega el Necaxa, que está a punto de desplomarse a la segunda división. En ocasiones, también, me encuentro ahí con Filo. Y si estamos de vena, nos permitimos una “vez”.

Si me lo concede Usted, hablaré de Filomena más adelante. ¿No hay por ahí un sicoanalista? Alguien que tome nota de lo siguiente: “En su último escrito el poeta Silvestre Quijano difirió conscientemente los bosquejos de su madre (Petrona Hernández) y de su acompañante favorita, Filomena Meraz, de oficio *pública*”.

¿Lo hay o no lo hay?

¿Qué haré luego con este cuaderno? ¿Lo hallarán al pie de la cabecera, yo con la última botella (vacía, quiero suponer) de Don Pedro en la mano? Ojalá tenga los ojos cerrados. Sería funesto... ¡Ja, ja ja!... *funesto* que me hallaran con los párpados abiertos, los ojos resecos y mirando la cortina púrpura de mi cuarto, el 303. Esa es una de las modificaciones que me permitieron hacer en la habitación: cambiar las cortinas, dobles, que impiden el ingreso de los rayos de sol hasta las diez de la mañana, hora en que inicia la tortura del nuevo día. Antes no, porque nos ampara la sombra del Frontón México.

Soy un ser noctívago, por si no lo he dejado en claro, y disfruto mucho de los rumores nocturnos. En ocasiones me siento al escritorio (mi segunda concesión hotelera) y trato de escribir un poema. Un poema con pluma estilográfica. O un recuerdo. O una semblanza (que deberíamos llamar “retratos”). O me pongo a leer alguna revista atrasada en el sofá. Si no, me echo entre las sábanas revueltas con la novelita en turno hasta terminarla. No lo comenten pero, ah, cómo disfruto de las novelas policíacas. La eficacia de sus diálogos (¿no se los decía?), la precisión de los detalles, la presteza de las transiciones.

El maestro del género es Raymond Chandler, y no Dashiell Hammett, como prefieren los críticos de la Gauche Divine. Disculpe Usted.

Entonces, ¿puedo?... Intentemos pues la narración de este capítulo final de mi vida:

“El poeta Quijano estaba sumido en su cama. Hacía dos días y dos noches que no se la tendía Begonia, la mucama. Desde trece años atrás que habitaba en un cuarto del Hotel Cosmos, bastante amplio, donde se había ido enjutando en cuerpo y alma. No se había consumido del todo, pero ya no pesaba los setenta kilos con los que contrató esa habitación. No era un poeta de primer orden, aunque su mejor libro, *País umbrío*, había alcanzado una segunda edición por el poema ‘Dame una mano’ que incluía. Cuando la empleada del aseo halló su cuerpo inánime pensó, en un primer momento, que estaba dormido, alcoholizado, sufriendo las consecuencias de la cruda. Pero estaba equivocada”.

¿No suena mal, verdad?

Antes me gustaba leer poesía; sobre todo releerla. Entender que hay autores insuperables que estuvieron



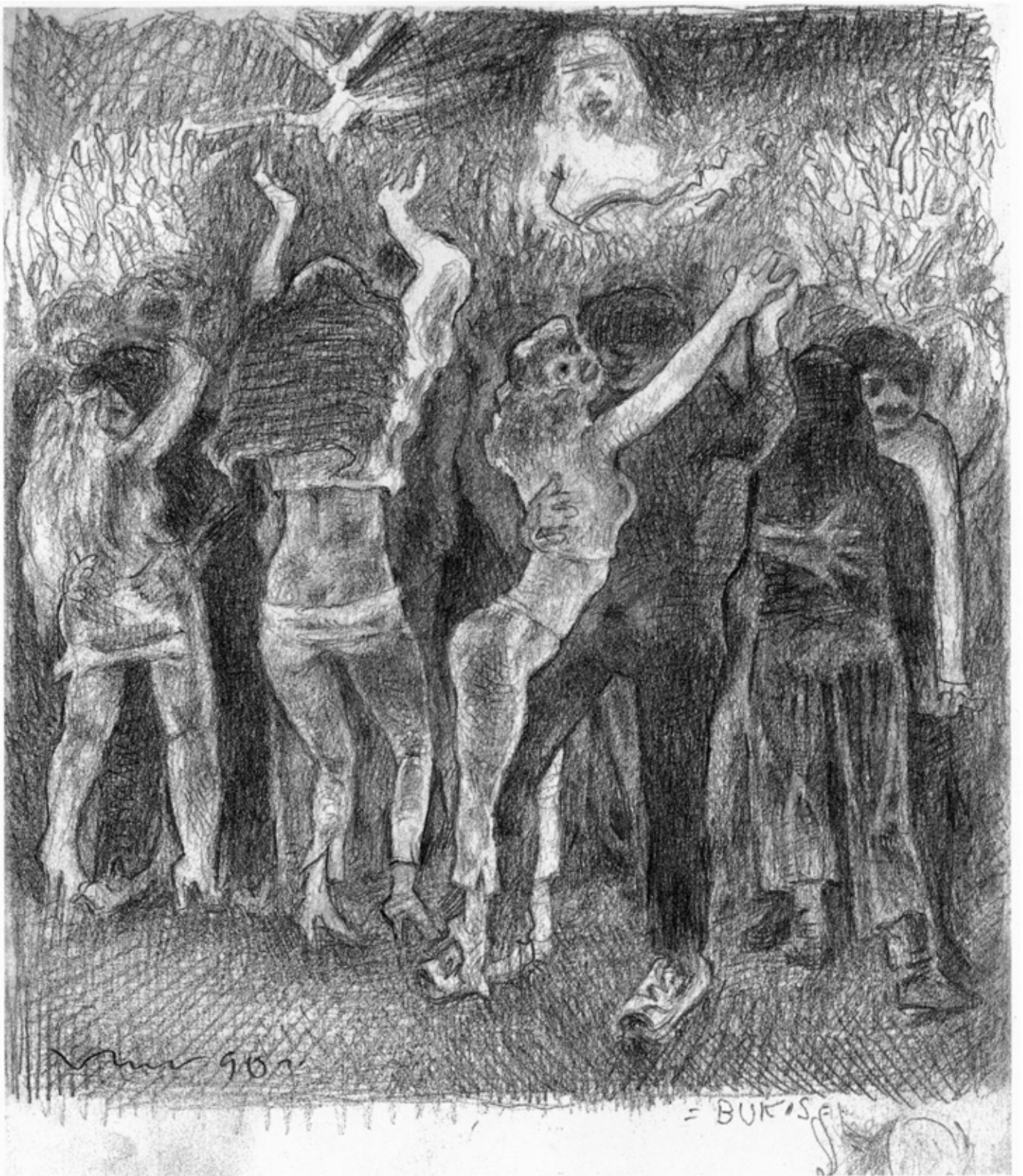
Del libro *Vlady, abrir los ojos para soñar*, 1997



entre nosotros como ángeles de redención. Y no lo digo mal. ¿Hay algo superior en nuestro medio que Antonio Machado (“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero”), que López Velarde (“Patria: tu superficie es el maíz”), que Neruda (a pesar de Neruda), que Pellicer (tan sentimental), que Sabines (“¿Qué putas puedo hacer, Tarumba, si no soy santo, ni héroe, ni bandido, ni adorador del arte, ni boticario, ni rebelde?”), que Gorostiza (con “su” poema), que García Lorca (“Verde que te quie-

ro verde, verde viento, verdes ramas”), y que Octavio Paz (“amar es combatir, si dos se besan el mundo cambia”) ? Luego intenté leer a los poetas de las nuevas generaciones y, la verdad, me desencanté.

Nací en 1934, hoy es el 27 de noviembre de 1999, tengo 64 años y mañana es (y no será) mi cumpleaños. Ya no podré cantar con Paul McCartney, *when I get older, losing my hair, many years from now*. Así que no me vengan con esos “poemas” concretos y posmodernos llenos de mal gusto y asonancias: Clavé tu clave, Fionna, que



me clavé en esa noche de pornofrescura desabotonándose, como tu blusa.

¡Uf!

Cómo hiede el caño, a veces, cuando el estiaje. Sello la coladera de la ducha con *masking tape*, el lavabo, y me largo a la calle con una novela de Graham Greene bajo el brazo. El Sanborns cierra a la 1:30, el Vips está abierto las 24 horas aunque sus clientes noctívagos, por lo general, son repelentes. Borrachos de mal vino gruñendo a la mesera, miserables que repostan la taza de café para librarse de la lluvia, oficinistas curándose la borrachera, mariconcitos despechados, gente como yo un tanto ácrata, anónima, taciturna, con dinero para pagarse una cerveza pero no un Chivas-Regal; la verdad.

Un ruido arriba en el 403. A veces llegan los gemidos del estro; mujeres en el paroxismo del coito y que me despiertan algunos recuerdos. Debo hablar, también, de Esmeralda (¿eh, señor sicoanalista?), pero más tarde. Además que ni se llamaba así. Un ruido como de mueble empujado, lo que invita a elucubrar varias posibilidades: 1. el huésped ha chocado con el tocador en su camino al baño, ¿por qué no se le ocurrió encender la luz?; 2. se trata de un pleito, ¿conyugal, extraconyugal?, porque sólo así el tipo ha podido demostrar la rabia que guarda; 3. alguien mareado, borracho, que buscó un apoyo súbito; o 4. el fantasma chocarrero que habita en el hotel (y que he visto un par de veces). Lo mismo que tú.

Por fortuna mi habitación no da al frente del hotel, donde la avenida Colón se llena desde temprano de ruidos vehiculares. Motores que aceleran, bocinazos impacientes, el silbato de un policía que intenta desatar los atascos. Mi cuarto, que es el 303, tiene una vista poco pintoresca. La retaguardia del Frontón México, un estacionamiento de tres niveles, el Cine Madrid que dejaron a media demolición, el edificio de Pensiones de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, que fue suprimida en 1971 y que utilizan como bodega de archivos muertos. Hay también, en el jardincillo de alguna casona añeja, una jacaranda que intenta erguirse en ese mar de concreto. A veces, en abril, me ofrece su floración color malva. Siempre he querido hacerme de unos catalejos, pero sería demasiado. ¿A mis años, qué puedo ya fisgonear?

Muy bien, ya es “más tarde”: Esmeralda Veytia compartió conmigo buena parte de su vida. Sus mejores años, y los míos, desde luego. Nos conocimos en la redacción del suplemento cultural de *Novedades* cuando yo era la “promesa de la poesía mexicana” y ella una muchachita con hambre de mundo. Entonces publicaba con su verdadero nombre, María Guadalupe, y por sugerencia mía fue que decidió cambiárselo. Íbamos andando por la Avenida Madero y al pasar frente al escaparate de la joyería La Princesa le dije dos cosas. Primero, que sus ojos

y esas piedras preciosas eran lo mismo. “Esmeralda Veytia, has nacido hoy para los lectores”. Y como las joyas colombianas estaban en oferta, le dije:

—Entremos; te voy a regalar un anillo.

Había estudiado periodismo en la escuela Septién García, tenía una hermana gemela (María del Carmen) y sus padres eran profesores en una secundaria federal. No era preciosa, como las joyas, pero vestía con elegancia (la elegancia que permitían los almacenes de Sears Roebuck) y se peinaba con esmero. Había entrevistado ya a las escritoras del momento... Rosario Castellanos, Amparo Dávila, Inés Arredondo, Elena Poniatowska, desde luego, y la fragosa María Luisa Mendoza. Le sugerí que juntara una docena de sus trabajos y que luego, con mi ayuda, podría publicarlos como libro. Con ese pretexto estrechamos una amistad que derivó en romance, claro, luego de las noches en que la ayudé a librar el manuscrito de ripios y lugares comunes. Así fue como nació el volumen aquel, *Fuera de la cocina*, con el que cobró alguna fama.

Fuimos de las primeras parejas en cohabitar sin estar casados, aunque el verbo adecuado sería “amancebarse”. Alquilábamos un apartamento en la colonia Nápoles, cerca del Parque Hundido, que era de hecho nuestro jardín. Fueron tres años de ensueño, y no exagero, hasta que se nos atravesó el novelista de infausta memoria. Digamos que “se me atravesó”. Para entonces yo era uno de los guionistas de base en Televisa y varias de las telenovelas en boga salieron de mi teclado. ¿Recuerdas? *María en el sendero*, *La noche que no existió*. Claro, en un coctel de la Editorial Diana se me ocurrió presentarle a TZD (mejor conocido como DDT), el infausto, quien acababa de ganar precisamente el Premio Internacional de Novela de esa casa editorial. Ahora me arrepiento.

Suspiro y lo digo ya sin resquemor: creo que son felices, tienen dos hijos, viven en Prado Norte y tienen una cabañita en Valle de Bravo. Esmeralda Veytia es autora, ya, de media docena de novelas y varios libros de relatos. Tres de sus obras han sido llevadas al cine y ha sido traducida, ya se sabe, “a varios idiomas”, como rezan las solapas de sus libros. Yo habito en el Hotel Cosmos y poseo 932 libros (los conté ayer). Una noche de furia, hace bastantes años, quemé todo lo de ella. Sus fotos y pañuelos y tarjetas postales. Todo. Ahora me arrepiento.

Otro ruido, ahora exterior. Alguien que grita en la calle. Me asomo; debe ser un valiente. Mi barrio no es precisamente como Grenoble: todas las noches ocurren asaltos y a cada rato se disparan las alarmas de los autos. En lo que va del año han ocurrido un par de asesinatos (al menos registrados por la prensa), uno precisamente a las puertas del Estelaris. De modo que resistirse a un asalto es algo admirable... Asomo, busco la Avenida Colón, que es posible mirar al sesgo, y el grito retorna. Me desilusiono. Es simplemente un borracho blasfe-





mando a todo pulmón. No repetiré aquí los ultrajes que arroja a la noche, aunque mueven a risa. ¿Qué tiene que ver la Virgen de Guadalupe con la “sociedad de corruptos” que menciona? Lo ignoro.

En eso sí es magnánimo el barrio. Tengo contabilizados 22 bares, cantinas y cabaretes alrededor del hotel; sitios en los que he pasado, por cierto, muy buenos momentos. Hay que mencionarlo: normalmente almuerzo en La Flor de Sevilla, donde ofrecen cuatro platos de botana pagando un par de tragos. La especialidad son las albóndigas al chipotle, aunque los chamorros en tomate no desmerecen. Nunca me he hecho un análisis de sangre... Bueno, sí, el del sida fue obligatorio en la empresa televisiva cuando se desató la sicosis por la pandemia. Quiero suponer que mis niveles de glucosa estarán en cien, los de colesterol en doscientos y los de triglicéridos en trescientos. De algo voy a morir o, como decía el poeta Meza, “pues de parto no será”.

Y tú, Imperfecto, ¿es que no piensas morir algún día? ¿No te aburres de joder al prójimo? Soberbio, odioso, fanfarrón de fanfarrones.

Nombraré otros bares que frecuento, o frecuentaba cuando me asistía la vida. El Bar Cienfuegos, que visitábamos los colaboradores del *Novedades*, y que era recorrido por el lánguido Chispirote. Ah, El Chispirote y su aparatito de dar toques. Aquella ocasión, que fue la última, estábamos en la mesa del dominó el de la pluma, el poeta Meza, Carlos Torres que sabía todo de la ópera mundial, y el gordo Valdovinos que escribía de cine. Habíamos cobrado nuestra colaboración y compartíamos una botella de brandy. Jugábamos una segunda partida y estábamos eufóricos. En eso llegó El Chispirote, que era enclenque y caminaba medio torcido. Solicitaba a media voz... “toques, toques, toques para los valentones”. Cobraba diez pesos por descarga, más las propinas, de modo que en días de quincena era su agosto. Carlos Torres fue el que lo solicitó, a ver, una ronda. Y el mustio Chispirote nos entregó los cátodos de su dínamo y todos nos dimos la mano. Parecíamos párvulos escapados de pinta. Claro, párvulos borrachos. Torres empuñó el ánodo (así se dice) y se cogió de la mano de Valdovinos, Valdovinos de mi izquierda, mi derecha del poeta Meza, y este del otro cátodo. El ñango comenzó a manipular la manivela y todos experimentamos el golpe de corriente que espeluznaba. Fue cuando Valdovinos gritó amenazante: “¡A que ni saben... a que ni saben!”. Y no, no sabíamos, aunque estaba más que feliz porque había comenzado a reseñar las películas de la Muestra Internacional que pasaban en el Cine Roble. Entonces hizo una mueca exagerada, me apretó la mano, El Chispirote seguía aumentando el voltaje, todos gritábamos divertidos y acalambrados, qué hermosa amistad compartiendo tragos y electricidad, y entonces percibo que Valdovinos se trata de soltar, zafarse del juego, ay, no seas maricón; pero no dice nada y comienza a boquear exagerando, provocándonos la carcajada, y el mustio hombrecito de los toques acelerando la corriente de su máquina, cuando de repente el gordo se desploma inánime, porque aquello no era ya juego. Le había dado un síncope y al caer tiró la mesa con las fichas y los jaiboles. Un escándalo. Valdovinos que no respiraba, Torres que gritaba como histérica (en femenino), “¡un doctor, un doctor!”, el poeta Meza murmurando “no es posible, no es posible”. Cuando la ambulancia de los paramédicos arribó era ya demasiado tarde. El Chispirote se había esfumado una vez que le entregué un billete de cien y nunca más regresamos al Cienfuegos. Se salió. Yo recogí el cartapacios de Rogelio que, en el revuelo, terminó en mi casa. Esa noche, luego del breve velorio, revisé el contenido de la carpeta. Un pase para todas las funciones de la Muestra de Cine, dos volantes exigiendo la legalización del Partido Comunista (uy, qué miedo), y la última reseña de su vida. Era de la película *Andrei Rublev*, del genial Tarkovsky, que narraba la vida del legendario pintor ruso del siglo xv y



terminaba con la frase: “La vida de Rublev fue una redención entre las sombras agónicas del medievo; la mirada de un santo”. No la he olvidado. Por cierto que al gordo tardaron buen rato en cerrarle los ojos. Se negaban a creer que ya no vería más. Quedó con los párpados entornados, como si nos espiara, el muy socarrón.

¿No sabías ese cuento?

Del bar Soria no hay mucho que decir. Sólo que ahí me encontraba con Filo y debía ser generoso considerando su ausencia en el bar del Hotel Cosmos. Hubo un día que me llenó de ternura porque, como toda mujer, guardaba un penique de virtud. Fue la tarde en que descubrí que había aterrizado su cepillo de dientes en mi lavabo. No comenté nada, pero al volver a la cama ella se me adelantó: “Ni te hagas ilusiones, Silvéster. Es por el doctor. Ya sólo me quedan tres muelas”. Bueno, nadie es perfecto.

El cabaret Joujou, que la gente nombraba “El Ju-jú”, fue durante algún tiempo el favorito de los jefazos de la policía. ¿Recuerdas al nefando Arturo Durazo, que arrojaba los cadáveres de sus enemigos al emisor central del desagüe citadino? Pues ahí te lo encontrabas a menudo, de modo que era el sitio más seguro de la ciudad. O el más peligroso. Lo lindo del sitio era su atmósfera pretensiosa, como de París en los años treinta: las butacas tapizadas con terciopelo, a veces algún disco de Édith Piaf, y los muros con vistas de la Torre Eiffel. O sea París en la colonia Juárez, sin París.

El cabaret Blúmun (así, “Blúmun”), la cantina Los Pericos, El Rivadesella, o el bar Diamante Negro. En fin, sitios que son parte de mi vida. Algo así como una casa propia ambulante; rincones donde he reído hasta las lágrimas y he llorado de celos, he dormido siestas al amparo de los meseros y me he embriagado hasta la plétora. (No me pidan que describa esas madrugadas a ras-tras y con las manos apelmazadas).

¿Qué te decía?

Ah, sí. El pase que me heredó el gordo Valdovinos tuvo buen uso. Al día siguiente de su funeral ya estaba yo en la función de moda y tres horas después don Remigio, el jefe de redacción, tenía en las manos mi reseña cinematográfica. Así fue como me hice crítico de cine durante muy buenos años. Firmaba como “Lúcifus”; no sé si me habrás leído. Por cierto, ¿has ido alguna vez al cine? Es el mejor oficio del mundo, como bien lo presumía el colega Emilio García Riera: “Te pagan por ir a la función y luego contar la película”.

Un día me encontré a Esmeralda en el Cine Roble. Es decir, una tarde. Para variar iba solo, y ella con su hija Clara; una linda adolescente que se aburría ante esa charla desangelada. “Leí tu reseña de la película de Bergman”. “¿Fanny y Alexander?”. “Sí; pero no entendí, ¿te gustó o no te gustó?”. “Claro que me encantó, pero un crítico es un energúmeno forzado. No sé si lo sepas”, y la her-

mosa niña soltó un bostezo. “Todavía traemos el *jet-lag*, discúlpalos, Silvestre. Ayer regresamos de Barcelona donde fue la presentación de *La terraza de Satán*. ¿No la has leído?”. “No, todavía no”, y tampoco quise preguntar de qué trata. Yo soy el Diablo (todos lo saben) y el apartamento que habitábamos tenía una terraza extraordinaria: vista al Parque Hundido, abajo, y a lo lejos los monolitos plomizos del Xitle y el Ajusco. Tardes de cigarros, jaiboles y *dolce far niente*. “Esmeralda, te quise como a nadie”, estuve a punto de decirle, pero cómo. Son frases para callar. *Jet-lag*.

La anterior ocasión en que nos vimos fue en el velorio de mi madre. ¿Qué, no sabías que los poetas malditos también tenemos madre? Estábamos ahí, más sorprendidos que consternados, los tres hermanos. Yo conversaba con el poeta Meza cuando este arqueó las cejas para sugerir una presencia. Era Esmeralda, con TZD, de gris y negro. Un abrazo que pareció sincero y el susurro de ella al oído, “ahora sólo te quedo yo”.

Ah, qué diera por una noche con ella, Esmeralda Veytia durmiendo entre mis brazos. No digo reconci-



liarnos; nada de eso. Afirmando simplemente que daría mi alma por una noche con ella. Como lo oyes. ¿El Diablo entregándole su alma a Satanás?

Petrona. Un mareo, una jaqueca que derivó en migraña, un taxi para acudir a la clínica del Seguro Social. La trasladó mi hermana Marta y a la hora del registro, ante el módulo de recepción, ahí mismo fue el desvanecimiento. Ya no despertó. En cinco horas fue el diagnóstico letal. Ay, madre mía, Petrona Hernández, veme aquí ahora con las nueve botellas que compré esta tarde en los abarrotes de doña Tere. “Qué fiestecita va a tener, don Silvestre”, comentó al preparar la caja con los materiales de mi ejecución.

Tú ni opines.

Nunca valoraste mi vocación poética, madre. Una tarde osaste interrumpir mi efusión ante el escritorio. “Silver, hay una fiesta en el 201; porque a ti, además de los versos, te gustan las muchachas, ¿verdad?”. Qué manera de plantearlo. Y sí, claro que me gustan... o me gustaban. Ya no sé. Ay, madre; si vieras a Filomena desnuda te daba una segunda embolia. Yo sé que es una mujer, o lo fue, pero que ha sido transformada (es el verbo) por la celulitis y el abandono. Claro, como si yo fuera el apolíneo san Sebastián. Ay, Petrona, madre mía; nunca perdonaste que *País umbrío* estuviera dedicado a ti. “¿Qué necesidad hay de escribir con groserías, Silver? Yo creí que los poetas componían sus versos con materiales como las rosas, la luna y las miradas iluminadas por el arrebol”.

¡No te rías, hijodeputa! ¡Serás muy Satán pero de mi madre no te burlas! Y juro que eso dijo, “iluminadas por el arrebol”.

La que tampoco me lo perdonó fue Esmeralda. Mi único libro famosillo que reeditó el INBA para homenajear mis venerables 65 (que no cumpliré). Ese poema donde digo

En el mar del sueño despertamos  
Tus ojos ya no me pertenecen  
Estás en otra parte  
La sal en mis labios pero no tú  
Reposas en mis brazos,  
tu falda escurriendo  
Y la resaca, réproba, huye como todo forajido  
No te amo más que antes. Ni menos.  
Por Dios, no lo preguntes.  
Una estrellita de mar asoma entre tus cabellos  
Ella sabe la respuesta, igual que todas  
Al atardecer, cuando la brisa, y los azules  
del horizonte pierden su nombre y son lo mismo  
Despierto contigo, cada mañana, incluso  
cuando la ola. La ola; viene la ola.

*El dialogador*, también me llamaban. “Dos sirvientas en la cocina, cuatro minutos”, “tres adolescentes fu-

mando en el baño”, “el marido sale de la ducha y la encuentra llorando en la cama; seis minutos”. Y la solución, como siempre, Silvestre Quijano que no conoce París, Nueva York ni Roma. Estuve una vez, sí, en Ciudad de Guatemala. Tres días en el Festival de Poesía Mesoamericana, cuyo invitado de honor fue Ernesto Cardenal. Yo leí mi poema “Dame una mano”, y me aplaudieron. Había catorce personas en el auditorio.

—¿Sabías que antes escribía de cine, militaba con los comunistas, y que publicó unos poemas? Fue el primer galán de la novelista Veytia.

—¿De Esmeralda Veytia?

—Como lo oyes.

—¿Pues qué le vio?

El piano de Eusebio toca *La vida en rosa*. Logro identificar la melodía que obsequia tres pisos abajo y llega como un murmullo de los ángeles. Que deben existir.

Deben existir como mis 21 camisas blancas un tanto percutidas; menos la última, que me puse antes de sentarme a escribir estas líneas. Estoy ante mi mesa que la prensa llamará, pasado mañana: “su escritorio maldito”. El escritorio del Diablo. Eusebio interpreta la canción inmortal de Édith Piaf cuando está por despedir la noche. Luego entonces deben de ser las cuatro de la madrugada.

Es la hora en que un taxi lleva al pianista nocturno hasta su casa en el barrio de San Cosme, donde duerme hasta el mediodía. Almuerza cereal y leche sin lactosa, come ligeramente a las seis de la tarde y arriba al bar a las nueve para contagiar un poco de alegría a los mustios parroquianos del Estelaris. Es un buen hombre, Eusebio, que enviudó hace cuatro años. Lo ha podido soportar en su media ceguera.

Yo no. Por eso descorcho la primera botella de brandy, porque supongo que cada hora destaparé la siguiente, y mi agua mineral será el agua del lavabo que, ciertamente, a veces sale ferruginosa. Total.

Así que Satán de La Madrugada, no te confundas. ¡Ja!... no te venderé mi alma. ¡Nunca, Diablo Demonio! Estás equivocado.

Bebo, pues, en ausencia de mi pastel de cumpleaños. Un vaso de brandy con agua de la llave. La sed siempre es la misma. Y el segundo, de una buena vez.

Ah, mi querido Eusebio que llegas al punto final cuando la Piaf farfullaba (era su estilo) y no me pidas que te lo traduzca; *Des nuits d'amour à plus finir. Un grand bonheur qui prend sa place. Des ennuis, des chagrins s'effacent. Heureux, heureux à en mourir...*

Ah, la vida en rosa en el Hotel Cosmos. Gracias, Eusebio, por esta linda despedida. Silvestre Quijano ya no dará un golpe más.

Y tú, ¿qué esperas? Anda, llévame... ¡No te la vendo, imbécil! Te la estoy regalando. **u**